



## Los Profetas bíblicos

CURSO BÍBLICO – AÑO PASTORAL 2023-2024

### DIOS Y LA CUESTIÓN SOCIAL<sup>1</sup>

«¿Es ése el ayuno que deseo, el día en que el hombre se mortifica? Doblar la cabeza como un junco, acostarse sobre estera y ceniza, ¿a eso lo llaman ayuno, día agradable al Señor? El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; compartir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no despreocuparte de tu hermano. Entonces brillará tu luz como la aurora, tus heridas sanarán rápidamente; tu justicia te abrirá camino, detrás irá la gloria del Señor. Entonces llamarás al Señor, y te responderá; pedirás auxilio, y te dirá: Aquí estoy. Si destierras de ti toda opresión, y el señalar con el dedo, y la palabra maligna; si das tu pan al hambriento y sacias el estómago del necesitado, surgirá tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía» (Is 58,5-10).

#### Premisa

Desafortunadamente, estamos acostumbrados a considerar la fe y la justicia (o si prefieren, la religión y la política) como cosas distintas y, en consecuencia, también el culto y las cuestiones sociales.

En realidad, el Dios de la Biblia nunca estuvo de acuerdo con esta separación: no olvidemos que, desde el principio, se presentó a Moisés como quien había bajado para liberar a un pueblo oprimido por la esclavitud y que, como prueba, le había dado la promesa que, una vez lograda la liberación, podría celebrarle un culto en el monte Sinaí, también llamado Horeb (Ex 3,12).

De la servidumbre al servicio: en hebreo esta expresión es un juego de palabras que con el mismo término indica el paso de la esclavitud (servidumbre) al culto (el servicio de Dios).

Esto no era cierto en absoluto para los cultos paganos y desafortunadamente... a menudo ni siquiera para nosotros. Al contrario, los profetas comprendieron bien esta necesidad de Jahweh, característica básica de la fe jahwista, y se hicieron defensores de ella, a veces con tonos muy duros.

#### CONTRA UN CULTO FORMAL

Los profetas pues no se rebelaron contra el culto mismo: sacrificios, holocaustos, ofrendas, ayunos, asambleas religiosas, celebraciones de fiestas. Más bien, cuestionaron el espíritu con el que, muchas veces, se lleva a cabo el culto, cuando se reduce a gestos formalistas, actos externos, prácticas separadas de la vida. De sus escritos surgen acusaciones específicas a este respecto.

---

<sup>1</sup>El texto de referencia de esta sección es G. Cavallotto, *Il grido dei Profeti*. Parole senza tempo, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2023

## Adoración y lealtad

El Señor rechaza las prácticas culturales que entran en conflicto con comportamientos contrarios a sus expectativas.

El reproche en **Amós** es explícito. El Señor dice: «*¡Vayan al santuario de Betel a pecar, al de Guilgal a pecar aún más! Ofrecen vuestros sacrificios cada mañana y vuestros diezmos cada tres días... Proclamen en voz alta vuestras ofrendas gratuitas, porque eso es lo que os gusta hacer, oh hijos de Israel... Pero no han vuelto a mí*» (Am 4,4-6).

Con sarcasmo el profeta invita a ir a los santuarios de Betel y Guilgal, que ya no son lugares de encuentro con el Señor y de conversión, sino donde la gente sigue pecando y donde los ricos explotadores pueden hacer alarde de sus ofrendas.

Posteriormente, el pensamiento de Amós se vuelve más directo y explícito: «*Detesto, rechazo vuestras celebraciones solemnes y no me gustan vuestras sagradas reuniones. Incluso si me ofreces holocaustos, no me gustan tus ofrendas y no considero a las víctimas gordas como una pacificación. Lejos de mí está el estruendo de tus canciones: ¡no puedo oír el sonido de tus arpas! Más bien, que la justicia corra como agua y la justicia como torrente eterno*» (Am 5,21-24). El uso insistente del adjetivo posesivo “tu” subraya que el culto practicado por Israel no agrada a Dios, sino que es rechazado por Él. Lo que el Señor, en cambio, espera y aprecia es una justicia perenne, continua e incesante, no ocasional o intermitente.

Igualmente, severo es el recordatorio del Señor en **Jeremías**: «*¿Por qué me ofreces incienso de Saba y canela preciosa que viene de lejos? No me agradan vuestros holocaustos, ni vuestros sacrificios*» (Jer 6,20).

En particular, Dios rechaza los actos de adoración de quienes suben al templo y al mismo tiempo no observa sus mandamientos. continúan, dice el Señor, «*robando, matando, cometiendo adulterio, jurando en falso, quemando incienso a Baal, siguiendo otros dioses que no conocisteis. Luego vienen y se ponen delante de mí en este templo en el que es invocado mi nombre, y dicen: “¡Somos salvos!”*» (Jer 7, 9-10).

→ Para el Señor, pues, la primera petición no son los holocaustos y los sacrificios, sino la escucha de su palabra: «*No hablé ni ordené sobre el holocausto y el sacrificio a vuestros padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto, pero les ordené: “Oíd mi voz, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo; caminad siempre por el camino que os prescribiré, para que sean felices”. Pero ellos no escucharon ni hicieron oído a mi palabra; más bien, obstinadamente procedieron según sus malvados corazones y, en lugar de volverse hacia mí, me dieron la espalda*» (Jer 7,21-24).

El culto agradable a Dios es, ante todo, un retorno a Él. Sin embargo, no hay retorno a Dios sin justicia y misericordia. La fidelidad al Señor requiere combinar adoración y justicia. Es la observancia de las dos tablas de la Ley: amar a Dios y amar a los demás.

### Primero la justicia y la misericordia.

Dios rechaza las prácticas de adoración carentes de justicia y misericordia.

El Señor dice: «*¿De qué me sirve la multitud de sus sacrificios? – dice el Señor –. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de animales cebados; la sangre de novillos, corderos y chivos no me agrada. Cuando entran a visitarme y pisan mis atrios, ¿quién exige algo de sus manos? No me traigan más ofrendas sin valor, el humo del incienso es detestable. Lunas nuevas, sábados, asambleas... no aguanto reuniones y crímenes. Sus solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Cuando extienden las*

*manos, cierro los ojos; aunque multipliquen las plegarias, no los escucharé. Sus manos están llenas de sangre. Lávense, purifíquense, aparten de mi vista sus malas acciones. Cesen de obrar mal, aprendan a obrar bien; busquen el derecho, socorran al oprimido; defiendan al huérfano, protejan a la viuda» (Is 1,11-17).*

El ayuno es también una práctica de culto público y comunitario. No puede reducirse a un comportamiento penitencial externo: cilicio y ceniza. El ayuno agradable a Dios es la defensa de los derechos de las personas, liberación de los oprimidos, solidaridad con los necesitados: **Is 58,5-10**.

La justicia debe estar casada con la misericordia, el amor y la solidaridad.

La petición formulada por Isaías encuentra un primer eco en **Oseas**: “*Quiero amor y no sacrificio*” (Os 6,6).

Se confirma en **Jeremías**: «*Si de verdad haces buena tu conducta y tus acciones, si practicas la justicia hacia los demás, si no oprimas al forastero, al huérfano y a la viuda, si no derramas sangre inocente, te haré habitar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres desde tiempos inmemoriales y para siempre*» (Jer 7,5-7).

Vuelva a **Zacarías**: «*Esto dice el Señor de los ejércitos: Practicad la verdadera justicia: cada uno tenga amor y misericordia para con su prójimo. No defrauden a la viuda, al huérfano, al forastero, al pobre, y nadie planee mal en su corazón contra su hermano*» (Zc 7,9-10).

Está resumido en **Miqueas**. A los que piensan que están haciendo algo agradable a Dios ofreciendo miles de holocaustos, torrentes de aceite, incluso los primogénitos, el Señor responde: «*Hombre, se te ha enseñado lo que es bueno y lo que el Señor exige de ti: practica la justicia, ama la bondad, camina humildemente con tu Dios*» (Mi 6,8).

→ He aquí, en resumen, **lo que es bueno ante Dios**: respetar la justicia, practicada concretamente en los tribunales, en las actividades comerciales, en la distribución de bienes, en la defensa de los débiles; comportarse con bondad (he-sed), a través de relaciones marcadas por la lealtad, la benevolencia, la misericordia, la solidaridad; caminar con Dios, dejándose iluminar y sostener por su palabra.

## Lo que el Señor espera

Refiriéndose a las prácticas culturales dominantes, frecuentemente regresan palabras de decepción y rechazo del Señor: No me gusta, no lo soporto, rechazo, odio.

De las acusaciones surgen peticiones específicas. Dios no pide cantidad sino calidad de las prácticas culturales.

1. En primer lugar, rechaza el ritualismo, compuesto de prácticas externas sin participación interna: «*Este pueblo sólo se acerca con la boca y con los labios me honra, mientras que su corazón está lejos de mí*» (Is 29,13).

2. Luego, rechaza los comportamientos mágicos, expresados con prácticas culturales por parte de quienes roban, matan, juran falsamente, queman incienso a Baal y luego se creen salvados porque participan en la liturgia del templo (cf. Jer 7,8-10).

3. En fin, contra una mentalidad “comercial”, basada en el do ut des, el Señor declara que no está en venta: su bendición no puede “comprarse” multiplicando los holocaustos, las ofrendas, los ayunos y las fiestas litúrgicas. ¡La generosidad de Dios no depende del número de prácticas

religiosas! Además, Dios, como Padre y Señor, espera un culto digno: no acepta despilfarros como las ofrendas de animales defectuosos y enfermos hechas por los sacerdotes (cf. Mt 1,7-9).

En particular, Dios cuestiona y rechaza las ofertas y súplicas de quienes pisotean los derechos de las personas, cometen injusticias y tienen las manos manchadas de sangre.

En efecto, junto a la justicia en las relaciones y en los tribunales, lo que el Señor espera es la misericordia, la bondad, la solidaridad concreta con los débiles, los más desfavorecidos. Este es el “culto de la vida”, expresado en la existencia cotidiana fuera del templo.

Este culto “horizontal”, basado en la justicia y la caridad, es ya el comienzo del culto “vertical”, en la medida en que el creyente vuelve al Señor mediante la escucha y la acogida de la Palabra, la conversión y el cambio de vida. Para los profetas, el “culto a la vida”, semanal y diario, es el ejercicio espiritual que anticipa y hace sincero y verdadero el culto ritual.

## Continuidad y creatividad

Las expectativas de Dios presentes en los profetas resuenan en la revelación del Nuevo Testamento y se enriquecen con innovaciones radicales.

El reproche de Is 29,13 es retomado por el Señor Jesús: *«Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran»* (Mc 7,6-7; Mt 15,8-9).

Incluso con acentos propios, se confirma el vínculo entre celebración y vida, entre culto y solidaridad. Jesús pide explícitamente reconciliarse con su hermano antes de presentar la ofrenda en el altar (cf. Mt 5,23-24). Proclama «bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia» (Mt 5,7).

En Juan la institución de la Eucaristía está asociada al lavatorio de los pies (cf. Jn 13,12-15): celebrar la muerte del Señor nos compromete a servir a nuestros hermanos.

A su vez, Pablo denuncia la disociación entre eucaristía y caridad fraterna, como en la comunidad de Corinto donde la celebración de la Cena del Señor está precedida por la comida común reservada a unos pocos privilegiados con exclusión de los más pobres. El Apóstol reacciona enérgicamente: *«Cuando se reúnen, ya no están comiendo la Cena del Señor»* (1Cor 11,20).

En las comunidades apostólicas, además de determinados momentos de celebración, se da una particular importancia al “culto de la vida”, concretamente a una existencia cotidiana, en familia y en sociedad, vivida en obediencia y fidelidad al Señor.

El primer testigo es Cristo, que en obediencia al Padre se hizo hombre: *«Por eso, al entrar en el mundo dijo: No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo. No te agradaron holocaustos ni sacrificios expiatorios. Entonces dije: “Aquí estoy, he venido para cumplir, oh Dios, tu voluntad”, como está escrito de mí en el libro de la ley»* (Heb 10,5-7).

Luego, cuando se acerca la hora de la cruz, Jesús confirma una vez más su obediencia: *«¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz! ¡Pero no como yo quiero, sino como tú quieres!»* (Mt 26,39).

Es significativa la invitación del Apóstol a los cristianos de Roma: *«Les exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios; esta es vuestra adoración espiritual. No se conformen a este mundo, sino transfórmense, renovando vuestro modo de pensar, para que puedan discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto»* (Rom 12,1-2).

No se trata de un culto íntimo sino de una acción concreta inconformista respecto de la lógica dominante. Ofrecer el cuerpo significa involucrar todas las energías de la persona: física, emocional, intelectual. Toda la existencia del creyente: pensamiento, palabra y acción, se convierte en culto espiritual en la medida en que está inspirada por la voluntad de Dios.

Para Jesús se trata de realizar la voluntad del Padre, con todas sus implicaciones existenciales: «*No todo el que me dice: "Señor, Señor" entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos*» (Mt 7,21).

Esta visión fue anticipada por la petición del Señor en un pasaje fundamental de **Miqueas**, que vale la pena recordar, una vez más: «*Practiquen la justicia, amen la bondad, caminen humildemente con su Dios*» (Mi 6,8).

## JUSTICIA SOCIAL PISOTEADA

Fieles a las expectativas del Señor, los profetas han señalado repetidamente una plaga social: la explotación de los más débiles. Se presta especial atención a los huérfanos, a las viudas, a los extranjeros, las categorías sociales más marginadas según las Escrituras. Estos términos también tienen un significado más convencional. Es decir, pueden referirse, por extensión, a las personas más frágiles y vulnerables de todos los tiempos: los explotados, los humillados, los marginados.

### Privilegiados y descartados

Primero Amós en el reino del norte, en Samaria, y más tarde especialmente Miqueas, Isaías, Sofonías, Jeremías y Ezequiel en el reino del sur, en Jerusalén y Judea, denuncian una gran brecha entre ricos y pobres: por un lado, unos pocos ricos, por el otro, la gran mayoría de los menos favorecidos, formado por los explotados, los indigentes, a menudo personas en situación de pobreza. Es un sistema de injusticias que, de diferentes maneras, se ha consolidado con el tiempo.

Se encuentran entre los privilegiados: reyes, gobernantes, líderes, dignatarios, funcionarios, jueces, guardias y sacerdotes del templo, terratenientes y comerciantes.

Se encuentran entre los indigentes: pequeños terratenientes, agricultores, jornaleros, criadores de ovejas, trabajadores ocupados y mal pagados en la construcción de palacios reales, murallas de defensa de la ciudad y casas señoriales indigentes. Son personas marginadas, humilladas, normalmente sin educación, sin voz en la gestión de la vida social.

Amós recuerda en varias ocasiones la vida feliz y despreocupada de los ricos. Los gobernantes y los ricos viven en palacios (cf. Am 3,9-11; 6,8), poseen casas de invierno y de verano (cf. Am 3,15), tienen casas de piedra (cf. Am 5,11), viven en casas de lujo entre banquetes y cantos: «*Tumbados en lechos de marfil y tumbados en sus sofás comen los corderos del rebaño y los terneros criados en el establo. Cantan al son del arpa, beben vino en grandes copas y se ungen con los mejores ungüentos, pero no se preocupan por la ruina de José*» (Am 6,4-6). El juicio del profeta sobre las mujeres ricas de Samaria, llamadas "vacas de Basán", es particularmente severo: «*Oprimís a los débiles, aplastáis a los pobres y decís a vuestros maridos: ¡Traed acá, vamos a beber!*» (Amós 4,1).

Isaías también acusa a los ricos propietarios por su abuso en las construcciones: «*¡Ay de vosotros, que añadís casa tras casa y unís campo tras campo, hasta que no queda lugar!*» (Is 5,8) No faltan tampoco los profetas que acusan a los pastores – gobernantes y líderes – de explotar al pueblo (cf. Jer 23,1; Ez 34,2-4).

La clase más pobre, además de tener menos acceso a los bienes de consumo, sufrió más por la escasez de productos agrícolas destruidos por la sequía, por la invasión de langostas e insectos depredadores. La dificultad de los menos ricos se vio agravada aún más por la obligación de ofrecer las primicias al rey, de prestar temporalmente su trabajo gratuito para la construcción de los palacios del rey y el cultivo de sus campos, sobre todo por la pesada carga de los impuestos destinados a la corte para la organización y vida del palacio, para el funcionamiento de la administración, para el apoyo de los compromisos económicos asumidos por el rey, mediante el vasallaje hacia los gobernantes de turno. Además, las familias a menudo tienen que recurrir a solicitar préstamos para cubrir sus necesidades primarias, lo que a menudo significa endeudarse insosteniblemente y, en cualquier caso, vivir en una pobreza grave. Además, en la vasta galaxia de los pobres, los menos protegidos eran los huérfanos, las viudas y los extranjeros – los llamados gherím – que residían permanentemente dentro de las fronteras de Israel.

Finalmente, las personas más humilladas y degradadas fueron los esclavos. Los judíos, incapaces de satisfacer las deudas contraídas, se convertían en esclavos del acreedor, a quien eran vendidos el cabeza de familia o los hijos.

La ley preveía que después de seis años el judío o la judía, vendido como esclavo, debía regresar a la libertad y no ser devuelto con las manos vacías, es decir, con lo necesario para sobrevivir (cf. Dt 15,12-14). La norma, en realidad, no se aplicó, como atestigua Jeremía. Estamos en el año 588-587, durante el asedio de Jerusalén por parte de Nabucodonosor. Los dirigentes de la ciudad deciden liberar a los esclavos para poder contar con su ayuda en la defensa de Jerusalén. Sin embargo, contrariamente al compromiso asumido, una vez pasado el peligro, los que habían sido liberados quedan nuevamente reducidos a la esclavitud (cf. Jer 34,8-16). ¡La clase dominante, después de haber esclavizado a los pobres, los libera y, una vez pasado el peligro, vuelve a explotarlos!

## **Pisoteado como polvo**

Isaías, retomando Am 2,6-7, pregunta a los ancianos y a los líderes de Jerusalén: «¿Qué derecho tenéis de aplastar a mi pueblo, de aplastar el rostro de los pobres?» (Is 3,15).

La injusticia y la humillación de los pobres son a veces expresiones de arrogancia, engaño y violencia. La historia de la monarquía presenta ya hechos emblemáticos. Este es el caso de la turbia relación de David con Betsabé. No sólo abusa de ella, sino que, con una estratagema innoble, hace matar a su marido Urías, un hitita, un extranjero que, a pesar de vivir entre el pueblo, no podía reclamar ningún derecho (cf. 2Sam 11,1-27). Igualmente, impropio es el comportamiento del rey Acab que, instigado por su esposa Jezabel, hace matar a Nabot para apoderarse de su viña (cf. 1Re 21,1-16). Por su parte, el rey Joaquim, a diferencia de su padre Josías, explota a los trabajadores y recurre a la violencia: «*¡Ay del que hace trabajar a su prójimo gratis, sin darle salario... Tus ojos y tu corazón sólo miran por tus propios intereses, derramar sangre, cometer violencia y opresión!*» (Jer 22,13.17).

No sólo los reyes, sino también los líderes, jueces, comerciantes y terratenientes ricos explotan y maltratan a los más débiles.

La voz de Jeremías se eleva con fuerza: «*En mi pueblo hay gente malvada, que espía como cazadores al acecho, poniendo trampas para atrapar a los hombres. Son gordos y regordetes, van más allá de los límites del mal; no se preocupan por la causa del huérfano, no defienden los derechos de los pobres*» (Jer 5,26-28). La condena de Ezequiel dirigida a los líderes de Jerusalén es particularmente severa: «*Sus líderes en medio de ella son como lobos rapaces que desgarran sus presas, derraman sangre y hacen perecer al pueblo por ganancias deshonestas*» (Ez 22,27). El profeta, dirigiéndose a los terratenientes, añade: «*Los habitantes del campo cometen violencia y se dedican al robo, pisotean al pobre y al necesitado, maltratan al extranjero, contra todo derecho*» (Ez 22,29).

Igualmente, grave es la acusación dirigida a los jueces deshonestos y codiciosos: «*¡Ay de los que dictan decretos injustos y escriben apresuradamente sentencias opresivas, que niegan la justicia a los miserables y defraudan a los pobres de mi pueblo en sus derechos, que convierten a las viudas en presa y para defraudar a los huérfanos!*» (Is 10,1-2).

Tampoco se salvan los comerciantes deshonestos que compran a los pobres por dinero, utilizan balanzas falsas e incluso venden desperdicios (cf. Amós 8,5-6). Con una imagen especialmente cruda, Miqueas acusa a los líderes del pueblo y a quienes tienen un papel público y social: «*Devoran la carne de mi pueblo y les arrancan la piel, les rompen los huesos y los despedazan, como carne en una olla, como cocida en un caldero*» (Mi 3,3).

## **Avaricia insaciable**

Las personas, interesadas en su propio beneficio, no dudan en saquear e incluso masacrar a los demás: «*Nadie tiene misericordia de su hermano. Arranca hacia la derecha, pero todavía tiene hambre, come hacia la izquierda, pero sin saciarse; cada uno come la carne de su prójimo*» (Is 9,18-19). Una codicia incontenible, encaminada a obtener ganancias, se encuentra en las categorías más representativas del pueblo: «*Sus jefes juzgan por dádivas, sus sacerdotes enseñan por ganancia, sus profetas pronuncian oráculos por dinero*» (Mi 3,11).

Para Isaías, los líderes de Jerusalén «*son rebeldes y cómplices de ladrones. Todos están ávidos de regalos y piden propinas*» (Is 1,23). Incluso los jueces «*absuelven al culpable del soborno y privan al inocente de sus derechos*» (Is 5,23). En términos más generales, los pastores, es decir, los líderes, son voraces y egoístas: «*Sus guardianes son todos ciegos, todos son perros mudos, incapaces de ladrar. Pero estos perros codiciosos, que no pueden satisfacerse a sí mismos, son pastores que no entienden nada. Cada uno sigue su propio camino, cada uno mira por su propio interés, sin excepción*» (Is 56,10-11).

También para Sofonías los jueces son insaciables: «*Sus jueces son lobos de tarde que no roen por la mañana*» (Sof 3,3). No faltan tampoco los sacerdotes que recurren al robo para apoderarse de los bienes de los peregrinos en su camino a Siquem: «*Como bandidos al acecho, una banda de sacerdotes ataca y mata en el camino a Siquem*» (Os 6,9).

A su vez, Baruc, recordando el comportamiento de los sacerdotes adscritos al culto de las divinidades babilónicas, invita a los deportados a no seguir su ejemplo: son sacerdotes que a veces toman oro y plata de sus dioses y «*lo gastan para sí mismos*» (Bar 6,9), «*venden a sus víctimas y se lucran con ellas; de la misma manera las mujeres de este pueblo ponen una parte en sal y no la dan a los pobres ni a los necesitados*» (Bar 6,27).

## **Alianza comunitaria rota**

El pacto que Dios estipuló con Abraham, luego con Moisés, se convierte en alianza con el pueblo elegido. Fundada por iniciativa de Dios, la alianza tiene un valor comunitario intrínseco: ricos y pobres comparten el mismo don, la misma bendición, en la tierra común. Todos los hijos de Israel son miembros de la comunidad y, en virtud de su pertenencia a ella, tienen derecho a ser acogidos y respetados en su dignidad. No hay trato preferencial para los propietarios y comerciantes poderosos y ricos. El comunitarismo de la alianza excluye formas de marginación y se compromete a cuidar de los más vulnerables: huérfanos, viudas, extranjeros, indigentes.

Ezequiel, en su nueva división del territorio, prevé también la acogida de los residentes no judíos, que tienen derecho a poseer parte del territorio: «*Repartiréis este territorio entre vosotros según las tribus de Israel. Lo distribuirás en herencia entre ti y los extranjeros que habitan contigo. Éstos recibirán contigo su parte de herencia*» (Ez 47,21-22).

Los profetas, en nombre de la alianza de Dios con el pueblo, cuestionan la búsqueda del bienestar personal e individualista, que conduce a la barbarie, destruye la convivencia comunitaria y, con el tiempo, marca el fin de sus propios operadores.

El destino del gobernante, del rico, del poderoso, está ligado al de toda la comunidad. «*No puede haber un futuro posible de bienestar para la clase dominante, si no es a condición del bienestar de toda la comunidad... Cuando los fuertes y los poderosos movilizan sus recursos y su energía para los débiles y los vulnerables, se generan paz y prosperidad para todos... La mediación profética, profundamente arraigada en la alianza, asesta un duro golpe a cualquier individualismo, que supone poder tener dones privados de Jahweh a costa de la comunidad*»<sup>2</sup>.

### **Del lado del último**

El rostro del Señor recordado por los profetas es el Dios de los sin derechos: los rechazados y los indigentes, los huérfanos y las viudas, los extranjeros y los esclavos.

Se hace eco del mandato del Señor: caminar en justicia, practicar la verdadera justicia. Dios pide a los pastores que apacienten el rebaño con justicia. Su petición se vuelve concreta: «*No defraudéis a la viuda, al huérfano, al extranjero, al pobre*» (Zc 7,10). Aún más explícito es Isaías: «*Busca la justicia, ayuda al oprimido, haz justicia al huérfano, defiende la causa de la viuda*» (Is 1,17). El culto agradable al Señor es hacer correr como agua la justicia y la ley (cf. Am 5,24), es romper las cadenas injustas y liberar a los oprimidos, es compartir el pan con los hambrientos (cf. Is 58,6-7).

El Dios de los últimos, el Dios de los rechazados, recordado por los profetas, es el mismo Dios que ordena no hostigar al extranjero, no maltratar a la viuda y al huérfano (cf. Ex 22,20-21), porque él «*hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero y le da pan y vestido*» (Dt 10,18). Es el mismo Señor que, según el salmista, «*levanta del polvo a los necesitados y levanta a los pobres de la basura*» (Sal 113,7), «*defiende la causa de los pobres, los derechos de los necesitados*» (Sal 140,13).



---

<sup>2</sup>W. Brueggemann, Teología del Antiguo Testamento. Testimonio, debate, peroración, Queriniana, Brescia 2002, 834-835.